

# Pío Cabanillas con el centro a cuestras

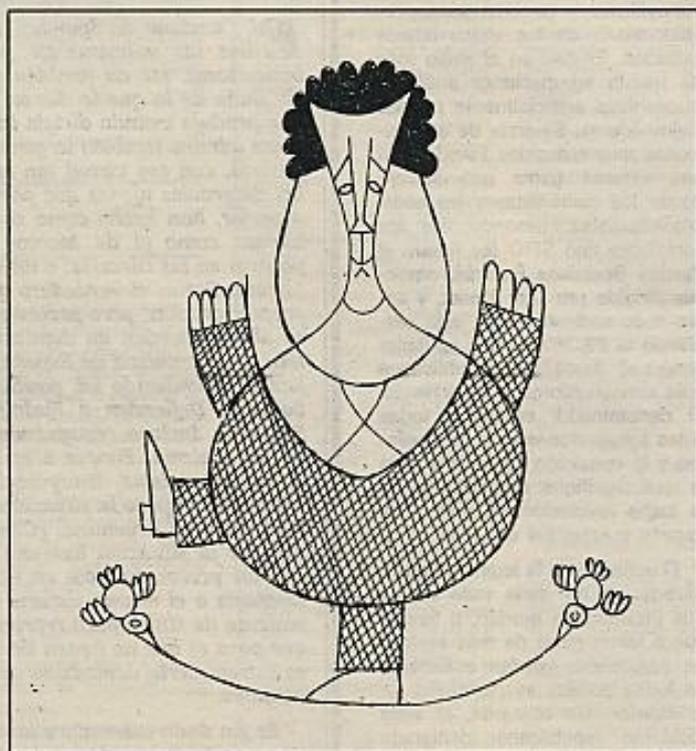
CESAR ALONSO DE LOS RIOS

**H**ABIA cerrado ya el magnetófono. Ibamos ya a despedimos. Fue entonces cuando Pío Cabanillas inició una especie de confesión. Se acercaba a las cortinas, las entreabría, miraba a la calle, se volvía, se parapetaba tras un alto sillón de cuero mientras desgranaba sus temores sobre la evolución de este país, sobre la derecha de este país. Sus palabras eran off the record y no debo trasladarlas aquí, pero, de todos modos, creo que yo también puedo entreabrir la cortina y decir que Pío Cabanillas, el ex ministro, está cansado o más bien se encuentra abrumado por el empeño de sacar adelante una operación política de la importancia del Centro Democrático, compleja en su interior, sometida a las jugadas del poder y a los personalismos. Se diría que Pío Cabanillas tiene miedo a que no termine de cuajar, con toda la fuerza que necesitaría, el Centro Democrático e incluso que los hombres "intermedios" como él no consigan impedir "la polarización" del país. Teme la eficacia de las posiciones irracionales, la eficacia de las banderas tópicas del franquismo. Conoce bien a la derecha española y la teme. "No sé si hombres como yo podremos serles útiles a ustedes ya." Antes de iniciar nuestra conversación ya me había comunicado la dificultad de coronar el proceso democrático. Puede decirse que cogió a Pío Cabanillas en una "hora baja", con tentaciones incluso de tirar la toalla. Algo que no parece acordarse con la imagen de este político.

—No tengo siquiera la certeza de concurrir a las elecciones. Deseo de verdad una cámara nueva, y algunos ya estamos muy vistos. El otro día, cuando tuve que presentar ante el Rey al partido, le hablé de que muchos de los presentes, y en especial yo, estábamos muy cerca de la última singladura política. Pleno que hay que tener capacidad de retornar a otras actividades después de haber desempeñado un papel de mediación y de hacer posible la instauración de una democracia viable que dé equilibrio a este país.

—Sin embargo, la impresión que usted da es la de un hombre con vocación de poder.

—En verdad, mi vocación de poder es muy escasa. He estado convencido de que tenía un papel en la



vida política, pero soy consciente de que una vez que lo desarrolle tengo que entregar, como otros, el testigo a las generaciones más jóvenes. Me pareció necesario colaborar en la creación de un partido intermedio.

—¿A qué motivaciones respondió la creación del Partido Popular?

—El Partido Popular fue una convicción que surgió mucho antes del fallecimiento del general Franco. La idea de FEDISA era análoga: impedir la antítesis política. Yo le doy a esto mucha importancia. Si no fuéramos un olvido muy racional para construir, nos habremos equivocado. No sé quién tiene que ser más generoso, si la derecha o la izquierda, pero quizá deban serlo ambas. Y si los hombres intermedios no somos capaces de conseguirlo, este país no se estructurará.

—La marcha del país va en ese sentido. Sin embargo, antes de comenzar nuestra conversación, usted se ha mostrado pesimista respecto a la conquista de la democracia.

—No soy extraordinariamente optimista. Empleo a estar preocupado, porque el planteamiento de la democracia en España tiene que

ser algo que predomine como consensus y como afán de integración, tanto en las personas como en los grupos políticos. Hace unos días apunté que los partidos están perdiendo el olfato de esta finalidad integradora y que se tiende hacia planteamientos simples, a esquemas elementales que reduzcan todo el tema de la presencia electoral española a dos partes en juego. Si eso fuese así, y esa es una razón de mi temor, el camino no sería el bueno.

—¿Puede citar algunos hechos que justifiquen estos temores?

—Ha habido algunas actitudes de espantadas políticas. Un retorno al tema de los rechazos concretos. Por ejemplo, no entiendo ni la actitud de Felipe González ni la creación de algunos partidos que pueden producir más bien la imprecisión o la imposibilidad de construir un centro.

—Pero, ¿a qué se refería usted cuando hablaba de que se perdía el sentido de integración?

—Me refería precisamente a lo que dije antes. Porque los hombres que representan las ideas nuevas y las viejas ideas tienen que sentarse juntos para construir y con un pro-

pósito de que resulte algo construido, no simplemente con un propósito de diálogo.

—Usted teme que el juego político se polarice o que se desdibujen las opciones, las grandes opciones en el momento de las elecciones; ¿cuál sería para usted un espectro político clarificado?

—Considero que debe existir un partido socialista importante, ya que a mí me parece un gran elemento compensador. Creo que hay un partido comunista al que yo llamaría inevitable, sin que ello signifique un juicio sobre él. Con respecto a la legalización del Partido Comunista Español, nosotros somos inequívocos. Después debe haber también un gran centro. También ahí veo unos propósitos no integradores: creación de grupos nuevos; creación, dentro del concepto de centro, de agrupaciones ideológicas como más destacadas, como la Democracia Cristiana, y todo eso me temo que desdibuje las opciones electorales en un momento en que la claridad de elección es casi tan importante como el contenido de la opción misma. Esto es lo que me preocupa del tema de la integración.

## Operaciones desde el poder

—¿Qué juicio le merecería la creación de un partido institucional desde el poder?

—Cualquier intento, fuera cual fuese el mecanismo que siguiera, de inventar desde el poder la creación de una "unión patriótica" sería un intento equivocado. No sé si el intento tendría o no posibilidades, pero sí que sería equivocado y que lastimaría y condicionaría todo el proceso democrático.

—¿Afecta esto al propósito que tiene Suárez de presentarse a las elecciones?

—Para mí, el tema Suárez es distinto. Pertenece a su libre arbitrio el si se presenta o no a obtener una legitimidad democrática. Lo que, en cambio, no estimo que deba hacer el Gobierno es intentar ahora la creación del fermento de un partido, y menos de una estructura parecida a la del PRI. Desde el poder no pueden hacerse operaciones que desclarifiquen el panorama político.

—Se temía que la Ley Electoral no respondiera a las expectativas de las fuerzas democráticas. ¿Qué juicio le merece la Ley?

—No está mal. No veo ningún obstáculo serio en la Ley.

—La oposición democrática exige que se desmonte el aparato del Movimiento antes de las elecciones.

—Para mí, lo importante es que la fuerza derivada de unos mecanismos no sea aplicada en un sentido unilateral. Creo que el problema no es tan simple como decir "vamos a eliminar la estructura del Movimiento". Primero, porque pienso con sinceridad que subsistiría en parte, aunque se le eliminase ahora. Lo que sí creo es que hay que partir de un principio de lealtad electoral que fuerce a que los mecanismos existentes, deban o no subsistir, no sean aplicados. Y veo razonablemente lógico que el Gobierno, que es el primer beneficiario de una honestidad electoral, no fuerce precisamente los mecanismos que trastocaran este concepto.

—¿Habría otro obstáculo serio al proceso democrático?

—Yo pienso en la conveniencia de que para cuando se acuda a las urnas, los partidos se hayan puesto de acuerdo en un gran pacto constitucional. Si hubiese forma —y yo creo que la hay— de conseguir un "consensus" generalizado sobre unas líneas de tratamiento del tema constitucional, de lo regional, de la presión del Parlamento sobre el ejecutivo... se habría dado un gran paso, porque sobre esas falsillas se podría construir en un plazo relativamente corto una Constitución.

## Galeguista de carne

—Ha hablado de lo regional...

Para mí es el punto clave. Creo que el destino del país se juega en el tratamiento de lo regional.

—Pero el término "regional" es inaceptable, desde otros supuestos que el suyo, cuando uno se refiere a países como Cataluña, Euskadi, Galicia...

—Creo que es un tema semántico. Lo que ocurre es que para las personas que desean marcar más el acento de lo que puede llamarse su tendencia autonómica regional hablan de nacionalidades, pero, repito, es un tema puramente verbal. Para mí, la autonomía tiene que ser política, económica, social, y tiene que derivarse de una decantación muy clara de las competencias de lo regional y de lo estatal. Sólo después de que se haya realizado esa decantación es posible adjudicar los medios financieros para la realización, la responsabilidad de la gestión y la capacidad de creación de los planes regionales sin subordinarse al plan nacional totalmente. Es decir, sin que el predominio del plan nacional los absorba. Si a esto se agrega una necesidad inexcusable de un tratamiento dispar compensatorio que evite el despegue

de unas regiones sobre otras —despegue que se realizaría geométricamente—, empezaremos a lograr un entendimiento. Si sobre ese tema no hay ideas claras y no se hace predominar el sentido sobre la pasión, el tema constituyente lo veo difícil.

—¿Qué juicio le merecen las reivindicaciones de los Estatutos autonómicos de la República?

—No encuentro que sea una fórmula idónea en el momento presente reprivatizar Estatutos históricos, a no ser por lo que tiene de indicaría de una posición política. Para mí, la fórmula que se parece más a la idónea para España sería la italiana: unos Estatutos regionales no análogos que vayan recogiendo el distinto grado de densidad del fenómeno regional en la distinta geografía española.

—¿Hasta qué punto se considera usted galeguista?

—No es un misterio que en mí siempre hubo un galeguista.

—Que no coincide con los planteamientos de los partidos galeguistas.

—Debe de estar uno equivocado, pero yo siempre me he considerado muy galeguista por origen familiar y por estructura conceptual. Yo tengo una gran preocupación por el tema regional, pero no hago del galeguismo una bandera. El regionalismo no es una doctrina de la derecha ni de la izquierda. Se ha utilizado como bandera por esos sectores. El error de la clase dominante en España o del poder español en muchas épocas ha sido haber perdido la enorme pegada del tema re-

gional y habérselo dejado adjudicar a otros sectores en exclusiva. Yo le diría que revoluciones regionales las ha hecho más la burguesía que la izquierda y, sin embargo, ahora parecen atributivas de la izquierda.

—Su tío, Ramón Cabanillas, el poeta, ¿ha sido para usted una contrafigura o ha dejado alguna influencia en usted?

—En mi familia ha habido las dos tendencias. La rama de mi padre era muy regionalista; la de mi madre más centralista. La admiración que yo he sentido por mi tío Ramón ha sido primero estética, después de dimensión humana y sólo más tardíamente como personaje político, porque realmente no lo fue sino como generador de ideas que después aprovechaban otros políticos. Esa admiración está intacta. Y lo que puedo decirle es que para mí un día o unas horas no terminan de un modo pleno si no es en Galicia.

—Así que no es que sea galeguista de verbo solamente, sino, realmente, de carne.

—En el reciente congreso de Alianza Popular pudieron oírse repetidos ataques a hombres como usted o como Areilza.

—¿Qué quiere que le diga? Yo no voy a hacer una defensa del Centro Democrático a base de atacar a otros señores. Me niego a corresponder con insultos.

—Pero convendrá en que la actitud de Alianza no permite hacerse ilusiones respecto a un consenso con sus hombres.

—Alianza está intentando conseguir los votos de unos electores por un mecanismo que le viene bastan-

te bien. Alianza Popular pretende polarizar, como ha dicho alguno de sus líderes, a toda la política española entre derecha y marxismo. No tengo que decirle que yo creo que eso es precisamente lo que no se debe hacer, pero comprendo que ellos lo intenten.

—La conferencia de Pérez Escobar en el Club Siglo XXI —y que ha sido criticada después por algunos líderes de Alianza Popular— indica que no hay un monolitismo en ese grupo.

—Desde luego ha abierto una orientación nueva. Me parece muy afortunada la frase de Alianza "renovada".

## Una cuestión de olfato

—Volviendo a sus temores a esos conatos de pesimismo que usted tiene, ¿no tendrán alguna base también en problemas internos del Centro Democrático?

—En Centro Democrático no existen unos problemas realmente serios. Lo que hay es un difícil acoplamiento de siete partidos para que actúen al unísono. Esos siete partidos tienen su autonomía, intentan mantener sus vinculaciones específicas, y eso hace menos ágil el mecanismo.

—Luego piense usted lo difícil que resulta elaborar unas listas electorales, por ejemplo, con tantos partidos.

—¿Puede hablarse de un problema de personalismos, dada la cantidad de notables que alberga el Centro Democrático?

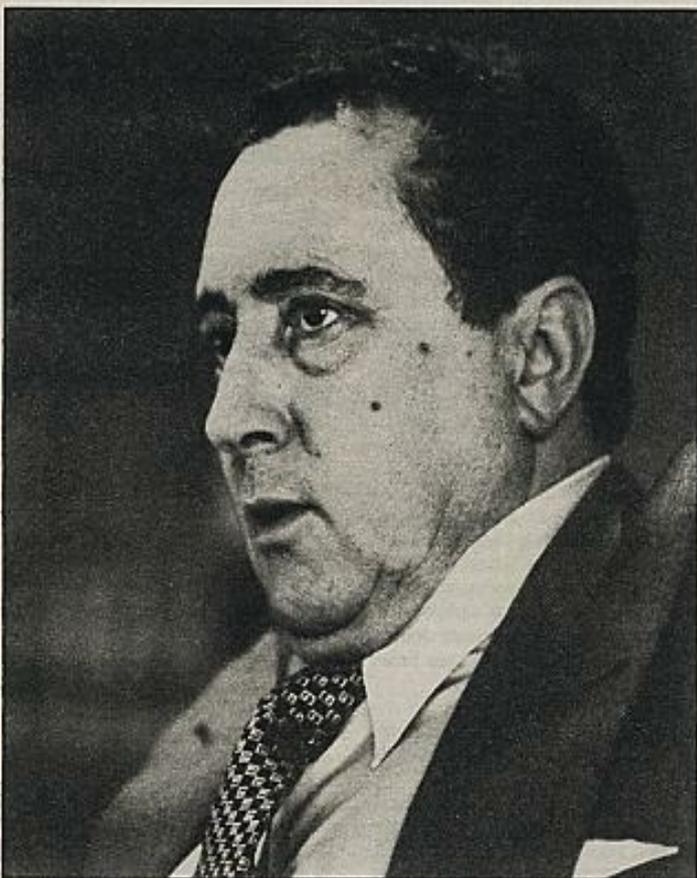
—No, se trata de una dificultad de ensamblaje en las listas que proviene de lo que puede llamarse la valoración de los nombres. Porque éstos no tienen que ser sólo de cada sector, sino que tienen que ser los más importantes para la concurrencia electoral. Nosotros no estamos cometiendo el error de decir: ahora un demócrata, un socialdemócrata, un demócrata cristiano, uno del Partido Popular, de un modo inevitable. Valoramos la conveniencia de que unos figuren y otros no según conveniencias electorales.

—¿Han confeccionado ya las listas?

—Se está trabajando en ello provincia por provincia. Porque lo importante para mí es que las elecciones van a ser cincuenta y no una sola. Con frecuencia se olvida este matiz. Se trata de cincuenta guerras, no de una sola.

—La salida de Gil-Robles de la presidencia de su partido, el proceso de los demócratas cristianos hacia un congreso del que pudiera salir la unidad de todos los cristiano-demócratas, ¿en qué medida afectaría al Centro Democrático, puesto que en el seno de éste existen dos grupos democristianos?

—La idea, según han expresado ellos mismos, es que aunque existiese una unión demócrata cristiana no afectaría a lo que puede llamar-



"Me pareció necesario colaborar en la creación de un partido interno."

## Pío Cabanillas

se la eficacia de la actuación electoral y de la concurrencia conjunta en listas de todos los grupos del Centro Democrático. Un intento de unificar a los demócrata cristianos, si no perjudica excesivamente en el sentido de que transforme esto en listas autónomas y que, por tanto, confunda al elector, puesto que éste se encontraría con varias posibilidades de juego dentro del Centro Democrático, no afectaría a éste.

**—El problema se resolvería si el equipo democristiano se integrase en Centro Democrático. ¿Cómo ven ustedes esa posibilidad?**

—Siempre hemos dicho que eso podría y debería realizarse. Sobre todo por un motivo: ofrecer al elector perspectivas claras. A mi modo de ver, como he dicho antes, debería haber una votación de derecha, de centro, socialista y comunista... Más o menos ese sería el ideal. El país está necesitado de ofertas con perfiles muy claros.

**—Perdone que le diga que no he conseguido ver en qué punto radican los temores de que me ha hablado respecto a la viabilidad del proceso democrático.**

—Es olfato, es un problema de olfato. Es la diferencia tremenda que hay entre presumir que uno tiene que ser generoso y el momento en que tiene que ejercitar la generosidad. Todo gobierno, como éste, tiende a ser generoso en abstracto, pero a medida que se acercan las horas últimas, el problema es si lo es también en concreto. Después, temo que se produzca la polarización del país. Usted piense que para algunos es fácil trabajar y conseguir adeptos con esquematismos, con posiciones irracionales. Y no sé si les vamos a valer a ustedes nosotros —algunos de nosotros— para hacer de intermediarios.

**—Yo diría que encuentro un Pío Cabanillas cansado, casi haciendo el papel de seguir en la política un poco forzadamente, y repito que eso no se corresponde con la imagen de Pío Cabanillas.**

—Pues es así. Creo que uno tiene derecho a no seguir sacrificando todo a la política. Yo no hablo de un sacrificio dramático, pero yo he sacrificado mis carreras. No he hecho nada con ellas. Y un poco también a mi familia. Una cosa que echo de menos es desde hace años no poder hablar de una obra de teatro, de un libro... De mis cincuenta y tres años he sacrificado veinte a la política, y siento necesidad del retorno...

### Un franquista poco de fiar

**—Para muchos no es fácil hacerse a la idea de un Pío Cabanillas demócrata, dada su larga colaboración en el franquismo.**

—Pues yo tengo escasa sensación de haber cambiado. En todos

los cargos que desempeñé en la época del general Franco, mantuve quizá el mismo talante que hoy. Cuando, sin ser del partido, fui jefe de los servicios jurídicos de Sindicatos, redacté una ley sindical que alteraba la estructura de Sindicatos y que estuvo a punto de salir. Después, en el Ministerio de Información, como subsecretario, volví a poner de manifiesto mi enfoque, tanto en el Estatuto de la Publicidad como en la Ley de Prensa. Y cuando fui ministro me pareció que lo que había que conseguir era un planteamiento nuevo en el tema cultural, en el tema regional, en el informativo...

**—¿Qué sentido presidía su actuación política? ¿Un sentido táctico, o no pensaba que al colaborar apuntalaba en cierto modo al régimen?**

—Yo pertenecía a una generación que no había hecho la guerra y que debía intentar una seria modificación de la estructura. Fuimos sinceros. La presunción que representaba la oposición de que no se podía hacer nada y que había que mantenerse al margen no ayudó a un auténtico proceso ni dejó de ser una posición relativamente aséptica.

**—Pienso que la oposición si actuaba políticamente y con graves riesgos siempre. Lo que sucede es que su identidad, que tenían derecho y obligación de preservar, era negada por el régimen sistemáticamente.**

—Nada más lejos de mi intención que negar la gran dimensión de la gestión de la oposición en unos determinados momentos, pero partir apriorísticamente de que ese era el único modo de actuar en política a mí no me parece totalmente convincente.

**—Bajo esa colaboración táctica de usted, ¿qué valoración hacía del franquismo?**

—Nunca entendí el franquismo como un gran error histórico. Lo que sí podía entender como un gran error histórico era pretender continuar indefinidamente en el ejercicio de un poder autocrático. En algunos instantes había una lógica en el ejercicio de ese tipo de autoridad, derivada del acontecimiento bélico y de los acontecimientos que todos sabemos. Me gustaría que se hiciese un análisis de los comportamientos concretos en determinados momentos, que es lo que define la actitud de las personas. Cuando siendo ministro me convencí en algunos supuestos que no era posible acatar y aceptar una realidad que yo consideraba superada, mantuve mi opinión.

**—¿Cómo se juzgaba esta actitud suya desde los sectores más fieles al continuismo?**

—No me lo perdonaron. No me lo perdonan hoy. Yo he sido siempre para ellos un hombre poco de fiar.

**—Pero la represión que se ejercía desde el poder del que usted participaba, represión muy dura a veces, y a veces por defender derechos tan elementales como el de reunión**

**o la libertad sindical o incluso por defender reivindicaciones económicas, ¿de qué modo era encajada por usted?**

—Es un fenómeno que quizá merezca una respuesta meditada. Todo depende del propósito que se tenía entonces. Yo estaba convencido de que eso era un supuesto que había que superar, y lo curioso y lo sano es que consideraba esa victoria como posible. Realmente, en los dos campos (el informativo y el tratamiento de lo cultural) lo conseguimos, y había una cierta satisfacción en conseguir esos triunfos, que muchas veces resultaban pírricos. La Ley de Prensa que yo redacté fue el primer paso serio para una transformación de las estructuras políticas. Lo que sucede es que no fue acompañada de otras medidas equivalentes en otros campos. Yo redacté la Ley de Prensa sobre unos supuestos no utópicos, superdemocráticos, sino pegados a la realidad. Y la defendí en las Cortes artículo por artículo. Hay que señalar que en el texto nuestro las Cortes introdujeron ciertas modificaciones importantes, como, por ejemplo, el artículo segundo.

**—Se ha dicho que usted abandonó a Fraga, que de algún modo lo traicionó al evolucionar, al situarse en otras posiciones.**

—Hubo un momento, en el otoño pasado, en que a mí el camino que inició el señor Fraga no me pareció que fuese el que debíamos seguir.

**—¿Por qué?**

—A mí me parece que nuestra obligación es fomentar una opción de centro que haga de compensadora frente a una antítesis que bastantes tragedias ha producido en nuestro país.

**—Luego le parece peligrosa la actitud del señor Fraga.**

—Yo no hago más diagnósticos de lo que digo.

### Con la libertad auestas

**—Hay una imagen de Pío Cabanillas no demasiado favorable. Me refiero a sus complicaciones en negocios, a "affaires" de dinero.**

—Ese es uno de los grandes sambenitos. Realmente yo he estado metido en pocos negocios. Tenía una posición magnífica hasta que entré en política. Recuerdo que el día que me nombraron subsecretario abandoné muchísimos Consejos de Administración. Yo he sufrido una campaña de descrédito, soy un hombre que ha sufrido muchos "dossiers". Primero de inmoralidad pornográfica, y luego alguna noticia falsa sobre mi actuación económica. Las maniobras de desprestigio han sido fomentadas por personas desde el poder, a muy alto nivel, que sabían con certeza absoluta que no eran ciertas...

**—En un tiempo se habló mucho de "lo de Orense". Es decir, de su participación en posibles connivencias con el director de la Caja de Ahorros de Orense.**

—Yo no tengo que ver nada en la Caja de Ahorros de Orense. Era totalmente ajeno a los problemas de la misma. Quienes montaron la operación lo sabían. Afortunada-

mente, la reacción popular, muy conocedora del tema, ha sentenciado el asunto. Yo me presentaré por esa provincia, tengo la certeza de que personas que movieron los hilos no podrán hacerlo. ¿Sabe cuál es mi lema? Es el lema que utilice en mi "ex libris". Es un hombre que ha salido de la cárcel y que lleva a sus espaldas las puertas de la prisión. "Libertatem meam mecum porto". Yo llevo a mis espaldas las puertas de mi libertad.

**—Usted había ganado las oposiciones de notaría y registros, pero se dedicó a la empresa privada. En ese campo llegó a ser un experto muy cualificado por sus conocimientos jurídicos.**

—Yo he participado en muchas de las grandes operaciones de un momento del desarrollo industrial nuestro. He estado en la constitución de sociedades con los grandes grupos extranjeros industriales... Efectivamente, yo no he sido un mal jurista en Derecho internacional y extranjero en materia mercantil. Hasta los treinta y tantos años no hice política. Colaboré, eso sí, en la redacción de algunas leyes; por ejemplo, en la Ley de Venta a Plazos. Intervine en la Ley de Quiebras. Fui un jurista abocado al mundo industrial. Y, ciertamente, no me desenvolvía mal. Recordaré siempre que en Alemania, con treinta y tantos años, en una disensión para la constitución de una sociedad con un grupo muy importante del acero, dije: "Eso no se puede hacer, y no por el Derecho español, sino por el Derecho germano". Los alemanes se quedaron pegados.

**—¿Para qué empresa trabajaba?**

—Yo formaba parte del grupo que hizo el desarrollo del grupo Barreiros. Ese es un momento que me da a mí una visión europea. Pero creo que el mayor estímulo lo tuve en el César Carlos, que era un colegio de una sensibilidad alta y, por lo tanto, de una capacidad de no coincidencia inevitable. Era un lugar donde se comunicaba una información que no era la oficial. A esto se sumaba mi temperamento curioso. Soy de los que están biológicamente contruidos para estimar importante al contrario. Soy un ser inevitablemente permeable. No he tenido nunca temor a que la lectura me creara dudas, y en las dudas he estado y más reconfortado. Esto es una catastrófica que en política tiene sus inconvenientes. Por eso tampoco en política me considero con una vocación de mando. No estoy absolutamente seguro de tener yo la razón. Lo que yo uso siempre más claro es dónde me debo estar. Y lo que puedo decirle a usted es dónde no estará. Habíamos hablado de irse para casa. Yo me iré siempre para casa o a otro sitio, pero no estimo que pueda realizar un fenómeno contradictorio conmigo mismo, porque tampoco soy un apasionado. Porque esto me pasa con los amores más fuertes, con las adhesiones mentales más firmes; la de Galicia, por ejemplo, no deja de ser en mí también dolorosa. Porque hay un encantamiento de lo gallego, pero también hay una advertencia de que debía ser de otro modo que me lastra. ■ C. A. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.